

Nuestro objetivo: que nuestros niños y jóvenes tengan vida feliz

Cuando el 28 de diciembre de 1910, el padre Luis Amigó presentó por carta al papa Pío X las dos congregaciones que había fundado -la de las Terciarias Capuchinas y la de nosotros, los amigonianos- se refirió a los muchachos y muchachas atendidos por las hermanas y por nosotros como *jóvenes desviados del camino del bien y alejados del camino de la verdad* (OCLA, 1780).

Que son jóvenes *desviados del camino del bien* es fácilmente entendible. Ellos, con sus actuaciones al margen o en contra de la ley, han sido declarados, incluso a nivel "oficial", personas al margen de lo "recto", de lo "bueno", de lo ético... En definitiva, al margen del "bien", tal como lo entiende y regula la misma ley.

Por su parte, la expresión *alejados del camino de la verdad* conlleva un profundo mensaje antropológico, acorde con la antropología cristiana anteriormente vista.

La *verdad* -dentro del pensamiento cristiano- no es una mera categoría lógica, sino *ontológica*. No se trata de decir "verdades o mentiras". Se trata más bien de *ser verdad* o, por el contrario, *ser una mentira*.

Esta verdad ontológica es la que proclama el Evangelio cuando dice "*la verdad os hará libres*" (Jn, 8, 32). Es una verdad que está en relación directa con la *identidad humana* y profundamente conexas, por ende, con el amor, con la capacidad de salir de uno mismo y de relacionarse con los otros, que es en realidad lo que va construyendo al hombre y a la mujer como personas humanas.

Desde esta perspectiva, es *verdad* todo lo que contribuye al *desarrollo armonioso y feliz* de la persona, y lo que la destruye, lo que la va tornando sustancialmente *infeliz*, es mentira. Como comentaba al respecto Miguel de Unamuno en su *Vida de don Quijote y Sancho*: "*Toda creencia que lleve a obras de vida es creencia de verdad, y lo es de mentira la que lleve a obras de muerte... Cuando las matemáticas matan... son mentira las matemáticas... La vida es el criterio de la verdad*" (Capítulo 31, 1ª parte).

Desde la perspectiva, pues, de que *ser verdad* implica, en definitiva, *encontrar sentido gratificante a la propia existencia*, es decir, *saborear, disfrutar* la vida por el amor y la apertura a los otros, estar *alejados del camino de la verdad* supone estar viviendo, en carne propia, el peor drama que puede sufrir un ser humano; el drama de estar biológicamente vivo *sin haber encontrado la alegría de vivir*; el drama de *andar muerto* por la vida; el drama de vivir *desengañado* de la vida misma y de *vagar por el mundo*, buscando desesperadamente la felicidad en falacias que, lejos de colmar las expectativas, abocan con *vértigo* creciente a quien las experimenta a sentimientos de *frustración y vacío*.

Y ese es precisamente el drama que viven la mayoría de los niños, niñas y jóvenes con problemas.

La pedagogía amigoniana, empeñada en que sus alumnos encontraran la *verdad*, y con ella la *libertad*, empeñada en que descubriesen un sentido gratificante a su propia existencia ha

tenido, desde sus inicios, como uno de los más preciados objetivos, el de *educar para la vida* (Cfr. TPAA, 12.401 y 12.448).

La felicidad como referente

Esa *educación para la vida*, para "reconciliarse" con ella, si es necesario, y para descubrir en todo momento su verdadero y agradable sabor, se ha venido expresando en la praxis pedagógica de la más clásica tradición amigoniana, no sólo en favorecer el crecimiento de la persona en *autoestima* -como se pretendía con la *emulación* (OCLA 2030, 2051, 2054, 2049, 2069 y 2077), sino también en potenciar el desarrollo del propio ser, de la propia identidad, del propio sentimiento humano, que se quería impulsar a través de una *moralización* (OCLA, 83), cuyo objetivo fundamental era el ir favoreciendo en la persona la liberación de sus tendencias negativas, que, desde su raíz egoísta, impedían su pleno desarrollo afectivo en libertad, e ir impulsando, desde ahí, una *educación de su corazón*, de sus sentimientos, que favorecieran su gozosa apertura a la vida.

Y algo de ello se pretendía también con el mismo *sistema de vales* que buscaba asimismo que el alumno aprendiera a *valorarse* y a *valorar su entorno*, sintiéndose artífice y protagonista de sus propios logros.

En realidad, la misma historia enseña que el recurso a *la propia existencia positiva de vida* es el que ofrece más garantías de éxito en educación, dada la misma estructura del ser humano, que busca instintivamente la felicidad, sentirse feliz.

Toda persona -por pobre que sea su nivel de instrucción académica- es consciente de que hay experiencias que lo ayudan a *crecer* como ser humano y otras que lo *empequeñecen*; de que hay experiencias que lo ayudan a encontrar el *sentido gratificante a su propia existencia* y otras que lo sumergen en un ambiente sin sentido vital; de que hay experiencias de *plenitud* y de *vacío*, de *éxtasis* y de *vértigo*.

Lo importante en educación es saber recurrir a esas mismas experiencias para que el alumno pueda evaluar con relación a ellas las situaciones pasadas, y pueda ir descubriendo, desde ahí, luminosos caminos de futuro para su propia vida. No basta con decir al alumno: *esto es bueno para ti y para tu vida; esto te hará feliz*. Si el educador no es capaz de articular estrategias que, de alguna manera, hagan experimentar al alumno, en el aquí y ahora de su historia, la bondad y felicidad prometida, todo habrá sido en vano. El dicho pedagógico de *quien bien te quiere, te hará llorar*, necesita ser sustituido por otro que diga, más o menos: *quien bien te quiere, buscará siempre que puedas sentirte bien y en paz contigo mismo*.

Hoy en día -quizá más que en épocas anteriores- el hombre tiene necesidades de *saborear* la vida, de centrarse en el ser, de superar toda una cultura -como es la posmoderna- fundada en *sensaciones* agradables que producen *bienestar* y momentos de alegría, pero que, con frecuencia, no dejan después en el corazón de la persona el poso de la serena felicidad.

Frente al esto es "bueno" o "malo", la educación necesita despertar en el alumno la experiencia de "esto me hace feliz" o "esto me acaba quitando las ganas de vivir".

El recurso a tales experiencias puede contribuir además a contrarrestar en los niños, niñas, adolescentes y jóvenes actuales algunas de las más acusadas deficiencias que presenta la cultura del momento, como pueden ser, en concreto: la *fragmentariedad*, el *relativismo* y *permissividad*, y el *hedonismo*.

En primer lugar -por su propia estructura unitaria y armónica- el recurso a la experiencia de felicidad puede contribuir decisivamente a superar la *fragmentariedad* en que la cultura actual ha asumido a la persona.

Quizá nunca como en el presente se ha hablado tanto de la unidad de vida ni se ha alabado tanto. Los mismos proyectos educativos apuntan precisamente en este sentido cuando se apoyan de forma unánime en una educación *integral*, *holística* y defienden esto como algo irrenunciable. Y, sin embargo, tampoco quizá nunca como en esta época, ha existido tanta "esquizofrenia" cultural y tanta ruptura existencial en las personas. Parece como si, en su afán por buscar y encontrar la unidad de conocimiento, el hombre moderno se hubiese olvidado de buscar y encontrar con idéntico furor la armonía de sus sentimientos. Hoy se vive a menudo a nivel de *sensaciones* y parece que no se dispone de tiempo para analizar si esas mismas sensaciones son constructivas o destructivas para el propio desarrollo personal.

En contraposición a este panorama de ruptura estructural de la persona, el sentimiento de la felicidad aporta unidad y coherencia interna al ser humano y hace que éste se sienta bien y a gusto consigo mismo.

En íntima conexión con lo anterior, el recurso a las propias experiencias de felicidad, puede contribuir también a contrarrestar, con garantía de éxito, las tristes influencias que, de cara al desarrollo integral y feliz de la persona, tienen las tendencias *relativistas* y *permissivas* de la actual cultura.

Se ha dicho que el hombre posmoderno es "un hombre *sin referentes*, que en vez de ser brújula es veleta". Un hombre que ha roto con todos los absolutos y que ha cambiado, por ejemplo, la *verdad* en una *posverdad*, cuyo fundamento último es uno mismo, que ha hecho del "bienestar" su grande deidad y ha justificado todo aquello que pueda estar al servicio de ese mismo dios. La tragedia se produce porque no siempre el ámbito del "bienestar" coincide con el sentirse bien uno mismo y porque ningún placer ni ningún "tener" llenan el vacío que experimenta la persona *que no se siente bien consigo mismo*.

Sólo el sentimiento de felicidad, en su calidad de referente y norte, puede conducir a la plena y armónica madurez humana el propio proyecto o leyenda personal.

Finalmente, *la felicidad como referente* constituye un verdadero reto al *hedonismo* desbordante que impera.

El hedonismo, al absolutizar el placer, lo desvirtúa, privándolo, a menudo, de su natural relación con el sentimiento humano y privándolo, por ende, de su conexión con que es el

núcleo del amor, que es que en realidad cohesiona y entrelaza unitariamente la personalidad y confiere a ésta el sabor y el tono de la felicidad.

Por el contrario, la felicidad -desde el sentimiento integral del amor del que ella misma surge-, sin condenar el placer, le devuelve su verdadero rostro.

Tan pernicioso es absolutizar el placer como condenarlo absolutamente. Y éste es el pecado que ha cometido toda moral que, perdiendo la visión unitaria de la vida y dejándose llevar por los dualismos existenciales, se ha convertido en *moralismo*. Con su rotunda condena del placer y con su clásica exaltación -y a veces- absolutización del sufrimiento y de la renuncia, algunos movimientos ascéticos, al tiempo que se han situado en vías de una especie de dañino masoquismo, han privado al referente moral de uno de sus soportes.

Una dificultad añadida

El camino hacia la felicidad -fundamentado en un continuo y progresivo crecimiento en amor- no es nunca tarea fácil y sencilla, pues presupone la negación -también progresiva- de los propios egoísmos, de los propios querer y de los propios pensares.

Con todo, la dificultad aumenta -y de forma significativa-, adquiriendo, en ocasiones, características de un verdadero drama existencial, cuando se trata de acompañar hacia el ideal de la verdad y de la felicidad a personas que han sufrido situaciones conflictivas que les han provocado un estado de creciente desorientación y les ha producido en su interior un lacerante *drama afectivo*, al no sentirse queridos, valorados, acogidos, incluso por su entorno más cercano y familiar. El *desafecto* sufrido ha sido a veces tan traumático que la persona no solo ha perdido *la capacidad de amar* a otros, sino incluso -y esto es, quizá, mucho más traumático- *la capacidad de sentirse amada, apreciada, querida y valorada*.

Y este drama ha sido precisamente el que ha planteado a la pedagogía amigoniana, a lo largo de la historia, uno de sus retos más fuertes y acuciantes a la hora de actuar su proyecto encaminado al crecimiento en amor de sus alumnos y alumnas y, por ende, a que experimenten en sí mismos una *felicidad* que, si bien nunca llegará a ser plena y absoluta -lo que es una utopía-, al menos les regalará cada día, aunque sea en pequeñas dosis, la *alegría de vivir*.

Con vistas a ir superando lo mejor posible las consecuencias de ese drama afectivo, la pedagogía amigoniana ha venido articulando terapias orientadas a favorecer que los jóvenes -que a veces han sufrido verdaderos apaleamientos en su ser, que se han visto prostituidos en su psique y en su cuerpo, que se han sentido *ninguneados*- llegasen a creer en el amor, en su gratuidad y en su bondad.